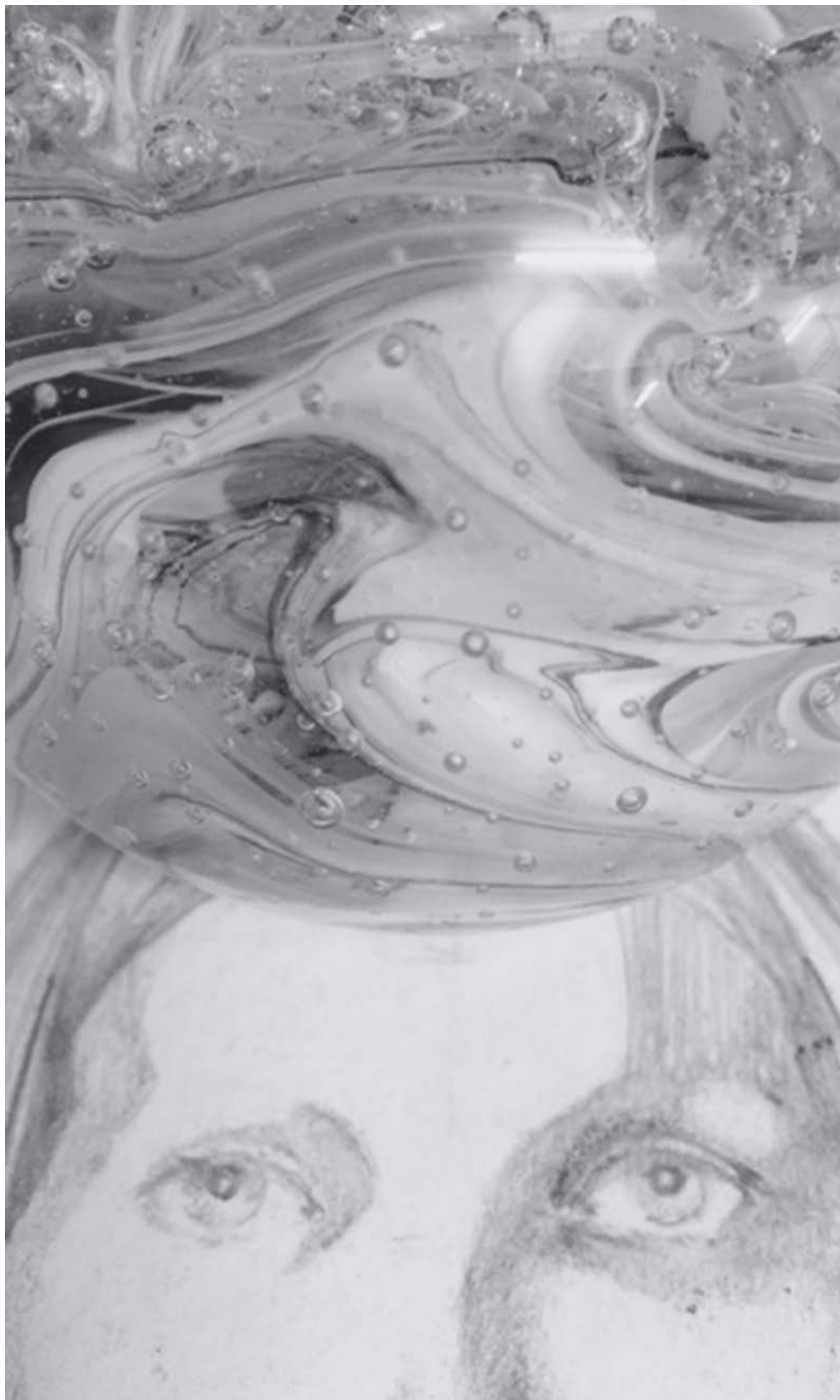


¿Dónde está el centro?

## La centralidad del tablero

Isabel Rosado

Los poderes, desde el centro, persiguen la imposición de su idea de normalidad.



El mundo sobre mi cabeza (Mariela G. Vives)

Desde la antigüedad se ha asociado lo normal con la idea de centro y el centro con lo adecuado. Todo lo que se sale de la normalidad es repudiado. Pero, ¿qué es realmente la normalidad? Podríamos decir que es algo que verdaderamente no existe o que quizás sea difícil de determinar, porque cada sociedad tiene unos parámetros diferentes sobre lo que es o no normal.

Si nos fijamos en los sistemas educativos de muchos países europeos, veremos que estos sistemas están destinados a formar a los alumnos en la normalidad. Esto se consigue a través de unas competencias, o estándares educativos comunes, que dejan de lado cualquier ápice de creatividad y que no tienen en cuenta la diversidad existente en los métodos de aprendizaje de cada persona, lo cual no tiene porque ser contraproducente para el sistema. Es decir, el alumno que no apruebe estas competencias, no podrá progresar en su desarrollo académico.

Precisamente, desde estas sociedades, los medios de comunicación intentan crear una idea de la normalidad a través de los programas de televisión, de la publicidad y de los periódicos, que únicamente se valen de lo “extravagante” o de lo “raro” para fomentar el consumo entre grupos sociales “exclusivos”. Véase la tendencia estética de los *hipster*, los cuales tratan de huir de la monotonía de Ikea y de Inditex. Sin embargo, acaban siendo absorbidos por el *mainstream*.

Esta búsqueda de la supuesta originalidad también es difundida en los medios mediante los nuevos artistas del siglo XXI: los cocineros. Es interesante reflexionar sobre la concepción actual de la cocina como un arte exclusivo. No en vano, los cocineros no resultan tan incómodos como los gremios clásicos de artistas, cuyo arte induce frecuentemente a la crítica y a la reflexión. Lo cierto es que los programas de cocina y las continuas alabanzas a los chefs, acaban convirtiendo en normalidad algo que la mayoría de los españoles no se pueden permitir. Esto es, no todo el mundo puede comer en un restaurante de alta categoría o comprar en las mejores tiendas de alimentación.

Por otro lado, también hay que ver que la normalidad le quita frescura y originalidad a las cosas. Esta frescura es la que vemos en algunos programas de televisión como *Saber y ganar*, un espacio, en el que en contraposición con otros concursos, vemos a unos participantes que pudieran parecer poco convencionales según los estándares de normalidad del ideario colectivo: infravalorar lo original y lo diferente.

Esta influencia de los medios en la construcción de la normalidad se refleja también en las familias ideales presentadas a través de la publicidad, más que a través de las series de televisión que sí muestran diferentes tipos de familias. Es frecuente la asociación de la figura de la mujer con la cocina y con los productos de limpieza. En este respecto, cabe señalar como en un conocido formato televisivo con

un *target* familiar asistimos a un espectáculo deplorable en el que una periodista deportiva tuvo que ayudar a dos hombres, considerados como ejemplares o representativos de la sociedad española, a encender una placa vitrocerámica. ¿Son estos dos hombres un modelo admirable en una sociedad “normal”?

Pero la normalidad no solo afecta al cuarto poder, expresión con la que antes aludíamos a la importancia de los medios de comunicación y a su influencia en la sociedad. Es fácil darse cuenta de que en los países desarrollados lo normal es aspirar a ser gobernado por un partido de centro. En este contexto, centro significa prudencia y orden frente a los sintagmas “extrema derecha” o “extrema izquierda”. Sintagmas que en el lenguaje periodístico se usan con la intención de descalificar otras propuestas políticas. Sin embargo, en la práctica, observamos que las élites de las dictaduras se han amparado en este concepto de centro para huir de los viejos fantasmas del pasado. Este es el caso de Alemania, país en el que muchos políticos se declaran como “socialdemócratas” o “de centro” en un intento de desligarse de las prácticas políticas de algunos de sus progenitores, tal y como han venido señalando algunos escritores alemanes.

No hace falta viajar en el tiempo para darse cuenta de que desde siempre hemos asistido diariamente a una partida de ajedrez, en la que tanto unos como otros están interesados en ganar para así inculcar su supuesto “modelo de normalidad”.